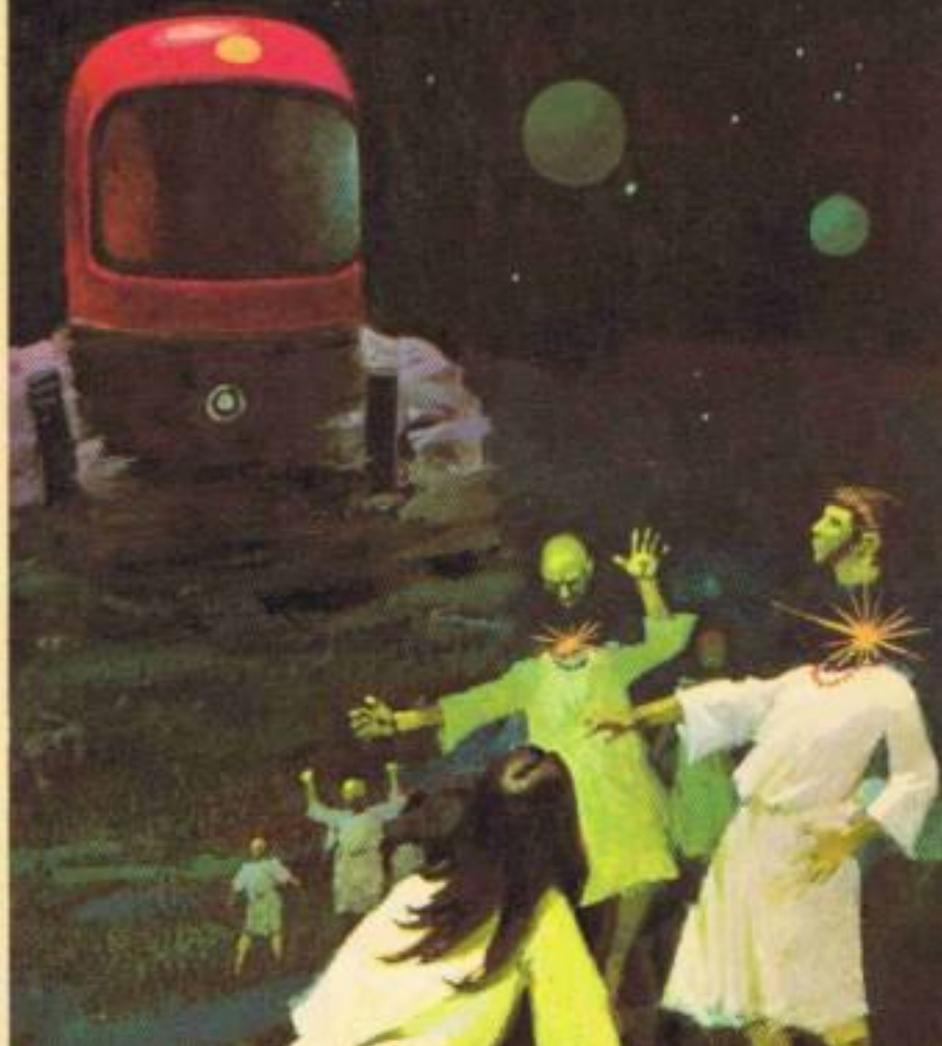


CIENCIA FICCION

SELECCION **21**



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

- Presentación: *La legendaria Tierra*, Carlo Frabetti.
El Hombre sin Rostro (The Faceless Man), Jack Vance, 1971.
Ingenuidad (Innocence), Joanna Russ, 1975.
La máquina del arte (The Art Machine), Stephen Barr, 1971.
Rosas azules (Gather Blue Roses), Pamela Sargent, 1972.

PRESENTACIÓN

La legendaria Tierra

Puede parecer paradójico que una literatura fundamentalmente vuelta hacia el futuro sea capaz de despertar la nostalgia. Sin embargo, hay toda una rama de la SF^[1] —inspiradora, por cierto, de numerosas obras de notable belleza— presidida por la nostalgia, una punzante nostalgia de orden superior que va más allá de la añoranza concreta de un paisaje o una época, ya que es añoranza de todo paisaje y de todo tiempo, de todo lo humano, o más bien de todo lo terreno, tal como hoy lo conocemos.

Me refiero a esa SF situada en un futuro remotísimo, en el que la Humanidad se ha diseminado por el espacio y la originaria Tierra se ha convertido en un semimítico mundo de dudosa existencia, perdido en un rincón del espacio y de la memoria.

Produce una singular turbación leer esos relatos en los que nuestro tiempo y nuestro mundo aparecen como vagas referencias a un pasado olvidado, una turbación comparable a la del vampiro que se pone ante un espejo y no ve su imagen reflejada en él. Pues en esos imaginarios planetas colonizados por los descendientes del hombre, tan lejanos en el tiempo y en el espacio, nos vemos a nosotros mismos, o a nuestras sombras, vagando como pálidos fantasmas.

La obra más extensa y pormenorizada sobre este tema es seguramente la trilogía de las Fundaciones, de Isaac Asimov (de próxima publicación en esta misma colección), con su visión de toda una galaxia exclusivamente poblada por trillones de descendientes de la Tierra, y donde la Tierra misma es menos que una reliquia. Pero tal vez sea Jack Vance uno de los autores que más ha insistido en esta temática, con un estilo de peculiar fascinación en su misma sencillez y desapasionamiento.

En *El Hombre sin Rostro*, la novela que preside esta selección, Vance nos ofrece uno de sus planteamientos habituales: un conflicto político en un distante planeta de un distante futuro.

En un momento dado, el protagonista del relato, al encontrarse con un visitante terrestre, comentará, como al acaso: «Entonces, ¿existe realmente la Tierra?» Y es difícil encontrar una frase que resuma más plena e intensamente lo mencionado en los párrafos anteriores, la desconcertante sensación producida por la idea de que un día podamos convertirnos no sólo en leyenda, sino en leyenda menor, casi anecdótica, incapaz siquiera de sobresaltar o excitar a nuestros remotísimos descendientes.

Y lo que Vance expresa a lo largo de toda una novela lo sugiere Joanna Russ en apenas un par de páginas, con su Ingenuidad, relato-parábola donde la necesidad de lo numinoso en unas gentes irreversiblemente alejadas de sus orígenes eclosiona en el centro mismo de su negación con la mayor vehemencia, y donde el fantasma de la vieja Tierra, ni siquiera aludido, preside con aura legendaria un universo surcado por las astronaves del hombre.

En *La máquina del arte* asistimos a otra breve parábola, donde la distancia espaciotemporal es sustituida por distancia intelectual, y en la que el hombre, en las fronteras últimas de su ciencia, se redescubre a sí mismo.

Pues el objetivo de la SF —como de toda especulación— no son las distantes estrellas. Está mucho más cerca, y a

la vez más lejos: es el hombre mismo.

CARLO FRABETTI

EL HOMBRE SIN ROSTRO

Jack Vance

Entre otros aspectos de interés, la novela de Vance nos presenta un inquietante sistema de control político: quien quebranta la ley, pierde automáticamente la cabeza.

Pero el interés de El Hombre sin Rostro reside más en una serie de evocaciones y sugerencias que en el pretexto argumental (no por ello desestimable). En la saga del músico Etzwane el lector hallará resonancias de la historia de Cincinato, el cónsul-agricultor romano que, tras asumir temporalmente el poder para vencer a los volscos, regresó voluntariamente a sus campos.

1

A los nueve años de edad, Mur oyó cómo un individuo, en la cabaña de reposo de su madre, maldecía en nombre del Hombre sin Rostro. Más tarde, cuando el hombre se hubo marchado, Mur le hizo una pregunta a su madre:

—¿Es real el Hombre sin Rostro?

—Claro —respondió la madre, llamada Eathre.

Mur consideró el asunto unos instantes.

—¿Cómo come, huele o habla? —insistió después.

—Supongo —replicó Eathre con tono tranquilo— que lo hace de algún modo.

—Sería interesante verlo.

—Sin duda.

—¿Lo has visto alguna vez?

Eathre sacudió negativamente la cabeza.

—El Hombre sin Rostro nunca molesta a los chilitas, así que no debes preocuparte por él —añadió como corolario—. Para bien o para mal, ése es el caso.

Mur, un muchacho delgado y sombrío, juntó las negras cejas, que eran la herencia de su desconocido padre.

—¿Por qué dices para bien o para mal?

Eathre torció los labios.

—Si una persona quebranta la ley chilita, los eclesiarcas le castigan. Si huye, el Hombre sin Rostro le hace saltar la cabeza —la mano de Eathre se posó en su collar, gesto común en toda la gente de Shant—. Si obedeces la ley chilita, no has de temer que te corten la cabeza. Esto es el «bien». De todos modos, tú eres un chilita, y éste es el «mal».

Mur calló. Aquellas respuestas eran inquietantes. De haberlas oído su padre-alma, Eathre incurriría al menos en una reprimenda. Tal vez la trasladarían a la tenería y el mundo de Mur quedaría destruido. El tiempo que le quedaba

para «la leche materna» (según la expresión chilita) era muy breve de todos modos: tres o cuatro años...

Entró un viajero en la cabaña. Eathre se colocó una guirnalda de flores alrededor de su cabeza y sirvió un vaso de vino.

Mur fue a sentarse al otro lado del sendero, a la sombra de los grandes rododendros. Él debía su existencia a uno de esos encuentros y estaba enterado de ello; una Culpa Original que debería expiar cuando se convirtiera en un Joven Chilita Puro. Todo este proceso atosigaba su cerebro. Eathre había tenido tres hijos. Delamber, una chica de dieciséis años, que ya se hallaba en una choza del final oeste del camino. El tercer hijo, nacido dos años después de Mur, fue considerado defectuoso y ahogado en la balsa de la tenería, con menoscabo para Eathre, pues se consideró que la inviabilidad de este tercer hijo era debida a la irregularidad sexual de la madre.

Mur se estremeció. Su lote de fibras de árbol necesitaba cuidados. Si las canillas se aflojaban, el hilo resultaba nudoso y áspero.

Trabajó dos horas y regresó cuando el viajero ya se había marchado. Eathre le dio de comida sopa y pan. Mientras Mur iba masticando, soltó la pregunta que toda la mañana había estado como agazapada en un rincón de su cerebro:

—Neech, el hijo de Glynet, se parece a su padre-alma, pero yo no. ¿No es esto raro?

Eathre calló, en tanto su mente asimilaba la pregunta, lo cual era como un maravilloso proceso mental semejante al florecimiento de los árboles o a la salida del jugo de un fruto partido.

—Ni tú ni Neech tenéis la menor relación de sangre con vuestro padre-alma, como no la tiene ningún chilita. Ellos no conocen a ninguna mujer. Tu padre casual era un vagabundo, un músico, uno de esos que viajan solos —la mujer miró hacia la ventana—. Lo sentí mucho cuando se marchó.

—¿Adónde fue?

Eathre sacudió la cabeza.

—Las personas como Dystar vagan por todos los cantones de Shant.

—¿Y no pudiste irte con él?

—No, pues Osso tenía mi contrato.

Mur terminó la sopa en silencio.

Delamber llegó a la cabaña con una capa sobre su túnica de rayas verdes y azules. Como Mur, era esbelta y de aspecto grave; como su madre, era alta y tan suave como un fluyente río. Se sentó en una silla.

—Ya estoy harta. He tenido a tres músicos del campamento. El primero estaba borracho y me entregó su instrumento musical, un khitan. ¡Miradlo! El último fue el más difícil, con muchas ganas de charlar. Me habló de ciertos bárbaros, los roguskhoi, grandes bebedores y redomados impúdicos. ¿Has oído hablar de ellos, madre?

—Sí —asintió Eathre—. Dicen que su impudicia es extraordinaria, que ninguna mujer está a salvo de ellos y que no pagan.

—¿Por qué no los echa el Hombre sin Rostro? —quiso saber Mur, sin quitar el ojo del khitan.

—La gente salvaje no lleva collar, y el Hombre sin Rostro no puede tratar con ellos. De todos modos, ya han sido vапuleados y no se les considera una amenaza.

—Me alegra saberlo —murmuró Delamber, encogiéndose de hombros—. No puedo soportar la idea de tanta crueldad... Mur, puedes quedarte el khitan, úsalo como juguete. Para mí carece de valor.

2

Una fría mañana de otoño, un Joven Puro bajó a la frontera y preguntó por Mur.

—Tu padre-alma te recibirá a mediodía, en el portal de la cripta. Asíate bien.

Con emociones encontradas, Mur se bañó y se puso un vestido limpio; Eathre le miraba desde el otro lado de la habitación, sin querer contribuir con la imperfección femenina al nerviosismo de su hijo.

Al fin no pudo contenerse y se acercó para peinarle su obstinada cabellera negra.

—Recuerda que sólo desea calibrar tu crecimiento y hablarte de la doctrina chilita. No tienes nada que temer.

—Tal vez —murmuró Mur—. Y no obstante, tengo miedo.

—Bobadas... —sentenció Eathre con decisión—. Tú no tienes miedo. Tú eres el valiente Mur. Escucha atentamente, obedece con exactitud, contesta con cautela a sus preguntas, y no hagas ninguna excentricidad.

La madre sacó un tizón ardiente a la puerta de la casita y sopló el humo sobre las ropas de Mur y su cabello, para que al menos la mancha femenina no contaminase a Osso.

Diez minutos antes de mediodía, Mur salió hacia el templo, lleno de presentimientos. El camino estaba solitario, y sus pisadas levantaban un polvo blanco que se arremolinaba bajo la luz del sol. Encima del inmenso templo, una serie de cilindros convexos llenaba gradualmente el firmamento. Con la corriente de aire fresco que descendía de la montaña, llegaba hasta allí el hedor a galga rancia.

Mur dio la vuelta a la base del templo, hasta una semihabitación en forma de establo, lugar llamado cripta, abierto por el techo. Estaba desierto. Se acercó al muro y aguardó.

Transcurrió algún tiempo. Los soles ascendieron por el cielo, con la brasa del blanco Sasetta pasando a través del rojo ciruela de Ezeletta, con el azul Zael muy cerca: tres estrellas enanas que danzaban por el espacio como luciérnagas.

Mur tendió la mirada por la campiña; podía ver lejos, muy lejos, en todas direcciones: al oeste, hacia el cantón Seamus; al norte, al bosque Shimrod, y más allá, el cantón Ferriy, donde la gente fabricaba redes de hierro en sus rojas laderas montañosas...

Le sobresaltó un ruido. Volvió la cabeza y vio a Osso que fruncía el ceño en lo alto de un púlpito. Mur había empezado mal, ya que en lugar de esperar en una postura de tímida reverencia, había estado observando el panorama.

Durante más de un minuto, Osso estuvo contemplando a Mur, el cual le devolvió la mirada fascinado. Luego, Osso habló con una voz de gravedad sepulcral:

—¿Han realizado las chicas algún juego innoble contigo?

El lenguaje era ambiguo, pero Mur entendió su contenido semántico. Tragó saliva penosamente, recordando qué incidentes podían considerarse como juegos innobles.

—No, nunca.

—¿Has sugerido o insinuado concatenaciones malvadas con las muchachas?

—No —repitió Mur—, nunca.

Osso asintió ligeramente.

—A partir de ahora, en vista de tu edad, debes tener mucho cuidado. Pronto serás un Joven Puro y después un chilita. No compliques los ritos, ya bastante rigurosos.

Mur asintió con un murmullo.

—Puedes acelerar tu entrada en el templo —le explicó Osso—. No comas alimentos grasos, no bebas jarabes ni *baklaby*. El lazo entre el hijo y la madre es fuerte; ahora es el momento de iniciar el proceso de disolución. Sepárate tú mismo de ella amablemente. Cuando tu madre te ofrezca dulces o intente halagarte con caricias, dile: «Señora, me hallo al borde de la purificación; por favor, no añadas nada más a los rigores que debo sufrir.» ¿Está claro?

—Sí, padre-alma.

—Empieza a forjar el mayor de todos los lazos, el más fuerte, la unión sagrada con el templo. Galexis, la esencia nerviosa, corresponde a las hembras como el caramelo de miel al lodo de la tenería; de esto ya aprenderás mucho más. Mientras tanto, sé firme. Dirige tu mente, apartándola de los brutales ataques del apetito; busca una ocupación abstracta que concentre tu atención. Yo até nudos heráldicos con cuerdas imaginarias; otro eclesiarca, un Sexto-Espasmo, memorizó números primos. Hay muchas ocupaciones a las que puedes dedicarte.

—Conozco una —asintió Mur con entusiasmo disimulado—. Consideraré los sonidos musicales.

—Utiliza lo que creas más conveniente —aprobó Osso—. Bien, sé guiado. Yo puedo aconsejarte, pero has de progresar por ti mismo. ¿Has pensado en tu nombre de varón?

—Todavía no, padre-alma.

—No es sencillo. Un nombre apropiado puede inspirar y exaltar. A su debido tiempo te ofreceré una lista de sugerencias. Y ya basta por hoy, eso es todo.

Cuando Mur regresó a la casita, Eathre estaba tomando té; Mur la encontró cansada y pálida.

—¿Qué tal tu entrevista con tu padre-alma Osso? —le preguntó.

Mur hizo una mueca.

—Me ordenó que practique la pureza. No debo jugar con las chicas.

Eathre calló, sorbiendo lentamente su té.

—También me ordenó reprimir mi apetito. Y que piense un nombre.

Eathre asintió.

—Ya tienes edad para escogerlo. ¿Cuál será?

Mur se encogió tristemente de hombros.

—Mi padre-alma me enviará una lista.

—Hizo lo mismo con Neech, el hijo de Glynet.

—¿También adoptó Neech un nombre?

—Sí, el de Geacles Vonoble.

—Hum... ¿Y quiénes eran éstos?

—Geacles —explicó Eathre sin expresión— fue el arquitecto del templo; Vonoble compuso los ditirambos Achilianid.

—Hum... Por tanto, tengo que llamar Geacles al gordinflón de Neech.

—Sí, ya que ahora éste es su nombre.

Cuatro días más tarde un Joven Puro empujó a través de la cerca un largo palo con un papel ahorquillado en su extremo.

—Una misiva del Gran Varón Osso.

Mur cogió el papel, entró en su casita y estuvo estudiando el sentido de los caracteres, con alguna ayuda por parte de Eathre. Su rostro se iba alargando a medida que leía:

«Bougozonie, el eclesiarca del Séptimo-Espasmo. Narth Homank, que sólo comía una nuez y una fresa cada día. Higajou, que reorganizó el adiestramiento de los Jóvenes Puros. Faman Cocile, que antes permitió ser castrado por los bandidos del bosque Shimrod que cambiar su credo sobre la no violencia y la paz. Borgad Polveich, que denunció la herejía ambisexual...»

Al fin, Mur dejó el papel a un lado.

—¿Cuál escoges? —le preguntó su madre.

—No acabo de decidirme.

Tres meses más tarde convocaron a Mur a una conferencia con su padre-alma en la cripta. Osso volvió a aconsejar

al muchacho respecto a ciertos detalles de la conducta personal.

—No es demasiado pronto para que empieces a comportarte de acuerdo con el estilo de un Joven Puro. Cada día debes abandonar uno de tus hábitos infantiles. Estudia el Principiario del niño, que te daré. ¿Ya has escogido nombre?

—Sí —afirmó Mur.

—¿Cuál será, pues, tu nombre de varón?

—Me llamaré Gastel Etwane.

—¡Gastel Etwane! ¿De qué hecho extraordinario has derivado este nombre?

—Bueno... —murmuró Mur, en tono conciliador—, naturalmente... consideré tus sugerencias, pero pensé que me gustaría más ser alguien distinto a los demás. Un hombre que pasó por el camino de los Rododendros me regaló un libro titulado *Héroes del antiguo Shant* y fue allí donde encontré mis nombres.

—¿Quién fue Gastel? ¿Y quién Etwane?

Mur, o Gastel Etwane, pues tal era ya su nombre, miró con incertidumbre a su padre-alma, a quien había supuesto gran familiaridad con tales nombres, con aquellas personalidades mágicas.

—Gastel construyó un gran deslizador de mimbre y red, y efectuó un lanzamiento desde el monte Haghead, tratando de cruzar la anchura de Shant, pero al llegar al cabo Merse, en lugar de descender, continuó hacia el océano Púrpura en dirección a Caraz^[2], y nunca más volvieron a verle... Etwane fue el mejor músico que vagó por Shant...

Osso permaneció silencioso durante un minuto, como buscando las palabras. Al fin habló con tono de oprobio:

—Un aeronauta loco y un musiquillo, y éstos son tus ejemplares. He fracasado al tratar de inculcarte unos ideales apropiados. He sido remiso, y está claro que, en tu caso, debo actuar con más energía. Tu nombre no será Gastel Etwane, o como sea. Te llamarás Faman Bougozonie, cu-